UNA NOVELA INÉDITA DE OLAVIDE Y SU ORIGINAL FRANCÉS

María José Alonso Seoane
Universidad Complutense de Madrid

La conservación del manuscrito de una novela inédita de Pablo de Olavide supone —espero— una noticia de gran interés para los estudiosos del siglo XVIII. Se trata de una obra de cuya existencia teníamos conocimiento por la publicación, por M. Capel en 1970, con el título de *La maldición paterna*, de sus dos primeros folios como el único fragmento conservado[1]. Sin embargo, cuando estaba concluyendo un Proyecto de Investigación sobre la obra narrativa de Pablo de Olavide, encontré, entre sus papeles, el resto del manuscrito que contenía la novela[2]. No trataré aquí pormenorizadamente del manuscrito, que publicaré en breve, porque el objeto de la comunicación se refiere, de modo concreto, a otro aspecto de esta obra de Olavide: el hecho de que sea una adaptación de una novela francesa, que he podido identificar —*Anne Bell*, de Baculard d'Arnaud[3]—, y las relaciones que presenta con el original adaptado[4].

---

[1] *Cfr.* CAPEL MARGARITO, M.: *La Carolina, capital de las nuevas poblaciones* (Jaén, 1970), pp. 250-252.

[2] Continúa donde se acaba el fragmento publicado por M. Capel. Sin duda, estaba destinado a ser publicado en uno de los tomos sucesivos de las *Lecturas útiles y entretenidas*, publicadas por Olavide bajo el seudónimo de Atanasio de Céspedes y Monroy y que no se publicó entonces, quizá porque la muerte de Olavide lo hizo imposible. No menciona su existencia el editor Doblado, ni tampoco Dávila, que en 1816 y 1817 publica los últimos tomos de las *Lecturas*. En breve publicaré el texto completo del manuscrito. Agradezco especialmente el cuidado y las atenciones de la Archivera y Bibliotecaria Amparo Ruiz Olivares, que había anotado perfectamente la ubicación del fragmento. Gracias también a todos los que facilitaron este trabajo; que se enmarca en el Proyecto de Investigación PS90-0034, financiado por la Dirección General de investigación Científica y Técnica (DGICYT), y PB96-0566 (DGES), del Ministerio de Educación y Cultura.

[3] BACULARD D'ARNAUD, F.-Th. de: *Anne Bell, histoire anglaise.* Citaré por la edición de las *Ouvres complètes* (Paris, 1775-1776), que reimprime del t. II de la serie *Epreuves du sentiment* (Paris, 1772), ya reimpresión facticia de la de Paris, Le Jay, 1769.

[4] De modo independiente, la misma novela fue adaptada como obra dramática por Zavala y Zamora, con el título *Las víctimas del amor, Ana y Sindham,* como ha estudiado Guillermo Carnero en «Una *tra-*

La novela recoge uno de los temas característicos de la época, dentro de los relacionados con el amor y el matrimonio: el del casamiento desigual al margen o en contra de la voluntad de los padres que, a pesar de la bondad de los contrayentes, da lugar a las mayores desgracias. Como paso previo al estudio de la adaptación de Olavide, expondré el resumen del argumento como aparece en ella.

El duque de Mancera, viudo y padre severo de una única hija, Faustina, vivía con ella retirado de la Corte. Padre poco ilustrado, dio por supuesto que el corazón de Faustina permanecería insensible hasta que le indicase el noble al que había de destinarle; pero Faustina se enamoró de Victorino, joven de notables cualidades, hijo del Alcalde mayor de la villa. El amor mutuo prosiguió sin que los padres se dieran cuenta. Pronto, Faustina se encontró embarazada, con lo que hubieron de precipitarse los acontecimientos: después de que Faustina se negase a abortar, como le aconsejaba su criada, deciden escapar y casarse en secreto. El cura, don Damián, se compadece de ellos; intenta mediar con el duque, pero éste, en la terrible escena que era de suponer, acaba por maldecir a su hija.

Don Damián, después de casarlos, les procura un asilo, que no da resultado; Victorino, se dispone a ganarse el pan trabajando en el campo. Por suerte, su primer amo es un labrador comprensivo; pero su hijo, Bernardo, se hace cargo de la casa y trata de tal modo a Victorino que, en poco tiempo, enferma de agotamiento y muere. Faustina había escrito al duque, dándole cuenta de su situación y del hijo que había tenido; pero su carta había sido intencionadamente extraviada. Su padre, sin embargo, estaba haciendo gestiones inútiles para encontrarla.

Faustina llega a tener que vivir de limosna. Sus fuerzas se van debilitando. Ocurren más desgracias y episodios secundarios: al final, cuando se ve morir, vuelve a escribir a su padre, que en este caso acude inmediatamente. Llega en el último momento; cuando Faustina muere, el duque quiere suicidarse, lo que evita don Damián presentándole a su nieto.

Olavide mantiene en líneas generales el esquema de la novela de Arnaud, ya que su intención esencial es traducir las obras que considera de mayor interés de la literatura contemporánea, con el fin de darlas a conocer de manera fácil en España; promoviendo a la vez, de modo indirecto, la creación original española en los nuevos géneros y según las nuevas ideas ilustradas. En cuanto al modo en que debía abordarse las traducciones, Olavide considera esencial naturalizar el texto, mediante una completa adaptación cultural; principio que expone apenas veladamente en el prólogo de su colección de novelas, *Lecturas útiles y entretenidas*. Al hilo de este criterio general, lo que mayor interés puede tener es encontrar los puntos en que Olavide interviene con carácter creador, en ocasiones como medio de exponer su pensa-

---

gedia burguesa con música en el teatro español de fines del siglo XVIII: *Las víctimas del amor* de Gaspar Zavala y Zamora», *Revista de Literatura* (1994), t. LVI, vol. 111, pp. 39-72 y «François-Thomas de Baculard d'Arnaud y Gaspar Zavala y Zamora: la fuente de *Las víctimas del amor*», *Letras de la España contemporánea. Homenaje a José Luis Varela,* Alcalá de Henares, 1995, pp. 66-72.

miento y otras por cuestiones narrativas, para aligerar el texto —fundamentalmente cortando reflexiones y apelaciones al lector—, o llevado de su afición y capacidad de invención. Esto último se advierte especialmente en los fragmentos originales de Olavide de mayor extensión, en que, además, destaca el dominio de un estilo muy expresivo en narración y diálogos. Todo ello puede observarse en *La maldición paterna*; de modo parecido a lo estudiado en otras adaptaciones de novelas hechas por Olavide que he podido identificar[5].

Dentro de los principales tipos de variantes que presenta *La maldición paterna* con respecto al texto original, el primero de ellos, en cuanto a planteamiento previo, lo constituyen las que corresponden al proceso de naturalización de la novela francesa. Sin duda, también aquí el gusto por la invención de Olavide está presente, y quizá más tiene que ver con muchos cambios que el simple deseo de naturalizar la obra de Arnaud; «novela inglesa», por otra parte, con lo que eso significa en la época. En cualquier caso, como hemos anticipado, «Anne Bell», o «Bell», simplemente, se convierte en «Faustina», «Lord Daramby» en el «duque de Mancera»[6]; «Syndham», en «Victorino»; lo propio ocurre con los demás personajes. No se dan indicaciones concretas de lugar, sino que se sustituye por un término genérico. Es el caso del topónimo de «la petite ville d'Aylsham», supuesto lugar de nacimiento del joven Syndham; en la versión española, se omite el efecto de realidad del dato concreto, exponiendo sólo que el duque abandonó la corte, retirándose a «una villa», capital de sus posesiones. Al padre de Victorino, se le designa como alcalde mayor de la villa, sin mayor precisión[7].

Más complicado resulta el tema de la adaptación en lo que se refiere a usos y costumbres, igualmente influenciada por la intención creadora de Olavide. Al tratarse de una novela no exótica y de desarrollo fundamentalmente urbano, realista dentro de su inverosimilitud consustancial a este tipo de narraciones sentimentales —sin que falte la nota gótica—, no presentaba especiales problemas al respecto. Sin embargo, la actualización de este criterio puede observarse en algunos casos, como, por ejemplo, la invención de un jornalero y su mujer que, en la última fase de las desgracias de Faustina, le presta ayuda. La mujer, que en seguida queda viuda, en un breve amplificación perfectamente integrada y dramatizada, acompañará a Faustina pidiendo

[5] Alguna del mismo BACULARD D'ARNAUD; como es el caso de *Germeuil,* adaptada en *Marcelo o los peligros de la Corte*. Cfr. ALONSO SEOANE, M. J.: «Olavide, adaptador de novelas: una versión desconocida de *Germeuil,* de Baculard d'Arnaud», *Actas del X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas,* Barcelona, 1992, t. II, pp. 1157-1166.

[6] En el manuscrito, aparece «Ledesma», tachado, y corregido arriba, todas las veces, por «Mancera».

[7] Se mantienen alusiones más generales. Así, cuando la criada le habla de las consecuencias que esperan a Faustina, en el manuscrito se lee: «saber el escándalo que va a producir vuestro deshonor en la villa, en Madrid y en España toda»; que se sustituye por «y sufrir todo esto», añadido con letra de Olavide. En el texto de Arnaud se lee, refiriéndose a los atribulados pensamientos de la protagonista: «le bruit que cette nouvelle exciterot dans Londres retentissoit à son oreille; elle se voyoit la plus infortunée et la plus criminelle des femmes», p. 16.

limosna y le hará llegar su última carta al duque. En el original francés, la desgraciada Bell vaga sola con su hijo en brazos por los caminos, y cuando decide escribir de nuevo a su padre, acude a una mujer que simplemente ignora su condición.

En *La maldición paterna*, como en otras adaptaciones de Olavide, se da el caso de la creación, por parte del autor español, de fragmentos narrativos de importancia que no responde a una necesidad de adaptación cultural. En este caso, el episodio inventado por Olavide, además de añadir intriga novelesca a la acción, tiene un claro interés didáctico y refleja las preocupaciones éticas y religiosas de Olavide, que presiden sus últimos escritos —sin que por ello se ausenten las anteriores ideas ilustradas—. Sin apoyarse en este caso en algún rasgo del original francés[8], Olavide introduce una criada, Nicolasa, a quien Faustina refiere su situación, al quedarse en estado. Nicolasa le asegura que al día siguiente todo se vería solucionado, lo que Faustina, llena de contento, comunica a Victorino. Pero la solución de Nicolasa es darle a la joven unos polvos abortivos, lo que rechaza Faustina, a pesar de las negras perspectivas dramáticamente expuestas por la criada —que, posteriormente, se arrepiente antes de morir—. Transcribo algunos fragmentos del episodio, que es considerablemente extenso[9]:

> «La desdichada heredera del duque de Mancera pasó súbitamente de las más dulces ilusiones de la esperanza al más terrible abismo del dolor, y no hacía más que llorar y desesperarse. Pero la infame y desvergonzada Nicolasa le replica: Vos queréis exponeros a la furia de un padre ofendido, perderos para siempre de reputación, ser públicamente deshonrada, sufrir los tormentos y castigos que os dará un padre justamente irritado y sufrir todo esto, por no perder un objeto que todavía no es nada, y que ni siquiera conocéis? —¡No lo conozco bárbara! ¿cómo dices eso? Se ve que no eres madre. No, aunque me cueste muchas vidas no cometeré delito tan abominable el cielo me viera con horror. Yo no pudiera sufrirme a mí misma y hasta Victorino huyera de mí como de un monstruo.
>
> Pero la inicua criada le vuelve a decir: Señorita, el tiempo estrecha; considerad que por salvar un embrión que no tiene todavía idea de la vida, os exponéis a una pérdida que jamás se puede reparar. Tened presente que para una mujer, el honor es el primer bien, y que cuando una vez se altera, ni la hermosura, ni el espíritu, ni el nacimiento ni las dignidades, y ni aun otras virtudes lo puede curar. Una sola flaqueza conocida imprime una tacha vergonzosa a la vida más larga; ponéos a la vista de la suerte que os espera. No es la muerte, éste fuera el mal de un instante. Pero vuestro padre os encerrará y os dará castigos que no tendrán fin. No esperéis que deje en vuestro poder ese hijo que tanto defendéis. No: o lo sacrificará a su indignación o lo enviará lejos de vos, adonde nunca sepáis de él, y donde pasará todos los rigores de la miseria con todas las humillaciones de una existencia degradada. [...]

[8] En *Anne Bell*, no existe tal criada. La protagonista tiene reacciones maternales, pero sólo con motivo de las tentaciones de suicidio, de ella misma y de Syndham, cuando le descubre su estado.

[9] Dentro de los criterios generales de esta publicación, actualizo ortografía y, en lo mínimamente necesario, puntuación.

La desolada Faustina lo recibe con una mano trémula y se queda suspensa y pensativa, pero de repente lo arroja de sí con indignación y desatada en dos ríos de lágrimas le dice: No, yo no cometeré esta nueva iniquidad. Yo siento una repugnancia invencible. Mi corazón y mis sentidos se resisten. Bastante culpada estoy sin esto. Victorino no lo quisiera, y yo más quiero morir mil veces que cometer tanta maldad. Hacer un homicidio, privar de la vida al fruto de nuestro amor. Ultrajar tanto la religión, las leyes y la naturaleza: esta naturaleza que grita en lo interior de mi alma que se amotina y rechaza este recurso abominable. ¡No lo haré, cruel! ¿Por qué me has engañado con tus ligeras esperanzas? Si tú me hubieras declarado tu remedio, yo no hubiera vacilado un instante y no me hubiera dejado engañar. [...]

Cuando Victorino vio a Faustina, le dijo con el acento más tierno de dolor: si sólo se tratara de mi vida, yo no quisiera salvarla a costa de la sombra de un delito. Pero se trata de la tuya, adorada Faustina. Mi corazón está lleno de un terror que me abate; tu honor, tu reposo y tu vida peligran. ¿Qué podemos hacer? —Lo que debemos hacer es no acabar de perder nuestro honor, respetar la humanidad y al cielo, detenernos en el borde de el precipicio y no querer que por una caída que hemos dado nos despeñemos al fondo del abismo. Menos odiosa es una falta que lo serían muchas y más graves. Querido Victorino, ya somos bastante delincuentes. No añadamos los horrores del delito a la fragilidad de una flaqueza. En el momento que te hablo siento que se mueve en mis entrañas esta criatura infeliz; en mi seno se agita y me parece que solicita nuestra compasión, que levanta hacia mí sus tiernas manos y que implora nuestra piedad. No, querido hijo, tu madre no será tu verdugo. Pero Victorino, es menester tomar un partido, tomemos el que no ofende a Dios, el que autoriza la religión y que puede clamar nuestra conciencia: si los hombres no nos perdonan, Dios nos perdonará. Casémonos de secreto, unámonos con lazos que sólo pueda desatar la muerte. Yo estoy pronta a sacrificarte títulos, riquezas, dignidades y hasta mi propio decoro. Yo abandonaré la casa paterna. Yo iré contigo a habitar un desierto, una cabaña y seré más feliz...»

Por último, otra variante muy importante aparece al final de la obra, en la que Olavide demuestra, una vez más, ser compasivo y flexible. Como se desprende de otros lugares del texto, a Olavide no le parece tan mal como a Baculard d'Arnaud el casamiento por amor, digno aunque desigual en grado, en cuanto a nobleza y bienes; así como el deber de los padres, insensibles por su poca ilustración, de no tener tanta dureza con los hijos. La prueba está en el final relativamente feliz que Olavide proporciona a Faustina. En la obra de Arnaud, el destino de la protagonista concluye de modo especialmente desolador: el padre de Bell llega cuando su hija ya ha muerto: «La fortune l'accabla jusqu'au dernier moment; elle mourut en tenant son fils embrassé, et sans avoir la consolation de voir seulement l'auteur de ses jours.» (p. 62). Sin embargo, en la narración de Olavide, en una emocionante escena, Faustina tiene la alegría final de ver a su lado al duque de Mancera —que no sólo recibe su petición de perdón sino que se lo pide él—, y a su hijo reconocido:

«El duque entra corriendo seguido del cura y del propio. ¿Dónde está mi hija?, grita, ¿dónde está? La ve tendida por tierra y con el acento de la desesperación vuelve a gritar: ¡Dios! ¿Ha muerto ya? Se arroja sobre el cuerpo de su hija lo estrecha con sus brazos, toma el niño, se lo da a don Damián para abrazarse mejor con

su hija. Mira la carta, la toma, pero no pierde el tiempo en leerla sino se enlaza otra vez con el cuerpo yaciente y con gritos descompasados vuelve a gritar: Hija mía. Hija querida. Abre los ojos. Mira a tu padre que muere de su dolor y que quiere morir contigo.

Pide que le acerquen al niño, lo abraza, lo moja con su llanto, pero se vuelve a su hija; pone su boca sobre sus descoloridos labios, sopla sobre ella como si quisiera insuflarle su vida y le siente un movimiento. Grita: No está muerta[10] [...] Hija mía: óyeme, mírame, tú estás en los brazos de tu padre, del más amante y del más desdichado de los padres. Faustina vuelve a suspirar y poco a poco va volviendo en sí. El alma del duque estaba suspendida observando sus movimientos. En su rostro se veían la esperanza y el temor, estaba con la boca abierta y sin atreverse a respirar. Al fin, por una especie de milagro, parece que Faustina renace. Abre los párpados con trabajo y apenas con una voz desfallecida puede articular una palabra. Padre, dice, y vuelve a recaer sobre el pecho del duque; éste le responde: Sí, hija mía. Yo soy tu padre que viene a expiar todas sus injusticias.

Faustina hace otro esfuerzo para hablar y dice: Padre, sois vos... Bendito Dios... Por lo menos, perdonad a mi hijo. El duque lo tenía en sus brazos y le responde: ¿Qué me hablas de perdón? Yo soy el que te lo pido de rodillas —Yo quisiera echarme a vuestros pies, pero no puedo. Gracias a Dios que muero perdonada [...] Faustina continuó: Generoso don Damián, consolad a mi padre, recomendadle a mi hijo, y pedid a Dios por mí. Yo muero ya contenta —No hija, tú vivirás para ser adorada; para hacerme feliz, para que yo te sirva. Don Damián, id, buscad una casa para que la trasportemos ¡Querida Faustina! ¡Y tu padre te ha reducido a esta extremidad!

Faustina le responde: Es inútil, padre, y yo sabré morir aquí muy dichosa de que Dios me conceda morir en vuestros brazos. Padre, ved la única criatura que me ha visto con lástima, y que ha sido la compañera de mis desdichas. Es muy digna de vuestra bondad, cuidad de ella. En cuanto a mi hijo... Aquí le acomete una terrible convulsión. El duque la toma entre sus brazos y la infeliz expira. El desolado padre se arroja sobre ella. Don Damián lo hace sacar de allí con el niño, deja a la buena mujer con el cuerpo y se va a cuidar del duque. Éste quería quitarse la vida; don Damián lo sujeta con las armas de la religión, [...] le presenta a su ni[eto] [...]»

Estos textos de Olavide dan buena muestra de lo que Olavide era capaz de escribir por cuenta propia; y valen además como contrapunto y muestra, aunque por la lógica limitación de extensión no se estudien todas las variantes ni éstas mismas en detalle, de lo que entendía como criterio de adaptación. Con *La maldición paterna*, Olavide cumple, una vez más, sus propósitos de acercar la cultura francesa del siglo XVIII a España, adaptando un texto de uno de sus autores favoritos. A la vez, demuestra, como en sus otras adaptaciones identificadas, su capacidad creadora; tanto en contenidos, como en el estilo y formulación narrativa.

[10] El manuscrito aparece rasgado, con lo que faltan algunos fragmentos de líneas en dos páginas consecutivas, sin que importe para el sentido del texto, que se reconstruye sin dificultad. No puede determinarse si falta alguna página más o si, como parece, ahí concluye la novela. En el texto francés, se redondea un final en que, en dos párrafos, se habla del hospital y del monumento que, años más tarde, el joven Daramby erige a la memoria de su madre.